

LA LLUVIA EN LANZAROTE EN 1965

Han transcurrido más de cuarenta años.

Cuando en octubre de 1965, llegué destinado a mi primer puesto meteorológico, el Aeródromo militar de Guacimeta de la isla de Lanzarote, reconvertido en aeropuerto civil, me sorprendió la tremenda sequedad de la isla, la falta casi absoluta de agua.

Me hospedé en casa de una ancianita, viuda, sin recursos, que por no tener, ni siquiera tenía agua corriente en su modesta casa, lo cual era bastante común en Lanzarote.

El agua se la compraba a un carretero, que venía con un carro tirado por un mulo o burro, donde transportaba unas enormes barricas, conteniendo agua de los Roques de Famara, la cual iba distribuyendo a sus clientes.

Mediante unas mangueras de lona, suministraba agua a los aljibes subterráneos caseros, sin más motor que la fuerza de la gravedad.

Como le hice saber a la ancianita, que yo necesitaba ducharme todos los días, me preparó en el patio, un cubículo, en el cual instaló un cacharro, al cual había adosado una regadera, todo ello manufacturado por un artesano latonero.

Ese era mi cuarto de ducha.

Todas las tardes, cuando yo regresaba de mi trabajo en el aeropuerto, me tenía la ducha preparada.

Aunque yo procedo de Gran Canaria, donde siempre hemos respetado y administrado el agua como un bien escaso, no dejó de sorprenderme la "economía del agua" en Lanzarote.

Sus maravillosas maretas y aljibes, limpias y cuidadas.

Su maravillosa agricultura en los enarenados, de los cuales La Geria constituye una portentosa obra del esfuerzo humano.

A los pocos días de estar en Lanzarote llovió.

Debió haber sido algo parecido a un milagro, por lo que voy a contar.

En la plantilla civil del aeropuerto, el personal sanitario estaba compuesto por dos médicos (uno conejero, López Socas y el otro navarro, Lamamié de Clairac), y dos Practicantes - todavía no se había inventado el título de ATS -, ambos conejeros, que además eran hermanos, de la familia conocida como los Borriqueros.

Ya se sabe que en Canarias tenemos esa mala costumbre de apellidar, o poner nombres, a las familias.

Pues bien, al día siguiente de la lluvia, uno de estos hermanos practicantes, que me parece recordar se llamaba Rafael, subió a la torre de control, donde estaba la oficina meteorológica.

Me preguntó cuanto había medido en el pluviómetro.

Luego, con gran alegría, - entusiasmado, solemos decir en Canarias -, me contó lo que había hecho cuando se percató que llovía sobre su Isla.

Se había enfundado la gabardina, y montado en una moto Vespa que tenía, con la cual se puso a dar vueltas, para disfrutar del placer de sentir caer el agua de la lluvia sobre su cabeza.

Para él había sido una gozada.

Toda una demostración de cuan preciada era la lluvia para un nativo de Lanzarote.

Ante tanto entusiasmo, mi aprecio y respeto por la preciosa agua de la lluvia, se incrementó.

Estuve apenas dos años y medio destinado en Lanzarote, pues en abril de 1968 obtuve, mediante traslado, un nuevo puesto en la Estación de Radiosondeos del Centro Meteorológico de Tenerife, en cuya isla he pasado más de dos tercios de mi vida.

Y ahora, jubilado, después de haber servido en meteorología más de veintiséis años, sigo conservando gran aprecio y respeto por la lluvia.

Hoy he recibido de mi hija Esther un precioso correo electrónico, conteniendo una maravillosa descripción de la lluvia en Galicia, escrita por un amigo suyo, natural de Lanzarote, que responde, como yo, al nombre de Pedro.

Es esta:

"En Galicia llueve con determinación y ganas, con un empeño digno de un escalador del Everest o de un ganador del Tour de Francia. No llueve como puede llover en otras partes. En Galicia llueve de tal forma, que de pronto sientes el deseo de reunir parejas de animales. Llueve tanto, que lo sorprendente es que de vez en cuando no llueva. Aunque incluso entonces la sombra de la lluvia no está lejos.

He de confesar que antes pensaba que la lluvia era otra cosa. Creía, tonto de mí, que cuando caía agua del cielo es que llovía. Además, como nativo de Lanzarote, la lluvia fue siempre algo con un principio definido y un final cercano. Llovía, sí, pero se sabía cuándo comenzaba a llover, y era evidente cuándo había dejado de llover.

Ahora he descubierto que eso no era llover. Que llover es algo que sólo saben practicar bien en el norte. Es más, he descubierto que para llover no es siquiera necesario que caiga agua del cielo. Es decir, la abundancia de agua es conveniente para tener lluvia, pero la lluvia en Galicia es ante todo un estado mental, una alteración de la realidad tan profunda que incluso si no lloviese seguiría, de alguna forma, lloviendo."

Así siente y describe la lluvia, un buen lanzaroteño.

Me ha emocionado y retrotraído al pasado.

Un pasado de hace más de cuarenta años.

Mi hija Esther, nacida en La Laguna (Tenerife), vive en Santiago de Compostela con su gallego marido, Jesús, y la hija de ambos, Gara, mi nieta gallega.

Santa Cruz de Tenerife, 23 de enero de 2007, año seco.

P.S.

Después de haber escrito las líneas anteriores, las he enviado por correo electrónico a un buen amigo que trabaja en Bruselas.

Y me ha respondido esto:

Nuestro lanzaroteño ha captado muy bien la lluvia en Galicia. Es lo que me pareció a mí, cuando estuve allí en mayo-junio de 1999. Era casi verano y, sin embargo, llovía como dice nuestro conejero. Lo que me llamó la atención, y eso que soy del Norte (por tres veces villero, de Bilbao, de La Orotava y de Bruselas) es que en Galicia -o en Santiago, donde me alojaba- no llovía de arriba a abajo sino que la lluvia compostelana, más fina que mi sirimiri, estaba allí, en horizontal, fija, que no te caía sino que la atravesabas tú al caminar. Pensé que "no estaba lloviendo" sino que "era lloviendo".